

Darío incluyan los utilísimos hallazgos que Carlos Meneses pone a nuestra disposición.

Miguel Angel Rodríguez Rea

ZAMORA Margarita. *Lenguaje, Autority, and the Indigenous History in the Comentarios reales de los incas*. Cambridge University Press, 1988. 209 p.

El conocimiento sobre el Inca Garcilazo de la Vega se ha beneficiado mucho de los cambios ocurridos en el pasado decenio en la visión académica sobre la época colonial. De lado negro y negación de la nacionalidad, los siglos coloniales han pasado a ser vistos también como espacio de debate de interrogantes modernas, y hasta postmodernas, y fuente de respuestas a muchas perplejidades culturales y políticas de este tiempo republicano, sobre todo aquellas de la identidad y la colonialidad. Estos cambios han venido acompañados de nuevas curiosidades, nuevas disciplinas y nuevos métodos en el área. Pocos de ellos han dejado de fijarse en Garcilazo y de intentar mostrarlo bajo una nueva luz. Esto ha ido modificando una antigua percepción anclada en la dualidad esencial de la circunstancia biográfica de Garcilazo, vista casi exclusivamente como precursora y emblema de la nacionalidad peruana que vendría luego. Las aproximaciones a Garcilazo han pasado de la revisión del contenido de sus obras y de su peripecia vital, a la evaluación de su discurso.

El libro de Margarita Zamora es un estudio sobre un discurso escrito por Garcilazo, *Los comentarios reales*, sobre otro discurso establecido por Garcilazo, la historia del imperio incaico. Su argumento

central es que el código del encriptamiento de ambos discursos es el humanismo renacentista. Más que hacer el trabajo criptográfico de desciframiento, Zamora se dedica sobre todo a mostrar la manera cómo Garcilazo maneja recursos modernos (en su época) para establecer los términos de una antigüedad específica (la incaica).

La visión de un Garcilazo humanista ya había sido planteada antes, en trabajos como los de José Durand y Aurelio Miró Quesada, pero nadie había desarrollado tan en profundidad un aspecto determinado de la naturaleza de esta filiación¹. Por lo general la mención del humanismo de Garcilazo no había pasado de ser una descripción de su ubicación en el espacio y el tiempo intelectuales de su época. En la perspectiva de Zamora, el humanismo de Garcilazo empieza a comprometer la visión establecida de la identidad de este autor. Por ejemplo, no es lo mismo un "mestizo esencial" que asume el humanismo como estilo intelectual, que un humanista europeo cabal para quien la experiencia (el recuerdo) de lo incaico es un dato personal, en el sentido de vivencialmente esencial pero intelectualmente secundario. La diferencia puede ser de matiz en un enfoque centrado en la *persona* de Garcilazo, pero es importante en una apreciación del *texto* de *Los comentarios*.

¿Qué significa que el de Zamora sea un libro de crítica textual? En este caso significa un interés primordial por el manejo de la filología que hace Garcilazo, la inclusión del cómo lo dice en el universo del qué dice. Esto no es del todo nuevo. Lo que sí es nuevo es la percepción de que Garcilazo "lee", en el sentido de que descifra, la realidad incaica como un texto. Zamora misma no tiene mayor interés en

leer lo incaico a través de Garcilaso, una tentación que en cambio es casi irresistible en un lector peruano. Lo que le preocupa a Zamora es Garcilaso como protagonista europeo del renacimiento. Cargando las tintas, podríamos decir que presenta la visión de un Garcilaso que no es imparcial, neutro o secretamente simpatizante con su lado materno, sino que más bien parte de la Conquista antes que el Incario.

El libro de Zamora, dedicado al papel del lenguaje y de la teoría humanista del lenguaje en *Los comentarios reales*, termina siendo también una obra sobre las relaciones del escritor humanista mestizo Garcilaso con el poder². El argumento central aquí es la existencia de un diseño estratégico del autor para establecer una "autoridad" en base a una mejor interpretación de los significados de un idioma original (el quechua). En la versión de Zamora, la historia de Garcilaso es una saga de la palabra como efectiva palanca política, con la tarea de realizar una doble defensa: la de los fueros del humanista que expande el conocimiento hacia áreas prohibidas y la de la legitimidad del lado qosqoruna de Garcilaso (Zamora insiste en la legitimidad frente a Europa, pero podría pensarse que también que frente a sí mismo).

Zamora argumenta la excelencia de *Los comentarios* como alegato en base a tres logros que percibe en él: "Haber cerrado el debate sobre la naturaleza del indio americano con una resonante afirmación de su plena capacidad racional y moral"; "Haber integrado los mundos amerindio y cristiano en un solo continuo histórico providencialista"; Haber "conjugado con éxito los discursos de la cultura europea del s. XVI" (: 168).

En términos generales este diseño estratégico, que ha sido descrito también como una estrategia jurídica, "está dirigido a integrar elementos indígenas que antes habían sido incomprensibles, y por tanto inaceptables, para este auditorio [europeo]" (:6). Se trata de una estrategia historiográfica en la que el rival es la historiografía oficial de su época y el objetivo, que ya aparece en La Florida, es según Zamora "transformar la figura del nativo como salvaje ignorante [...] en la de dirigente sabio, orador elocuente y guerrero galante, e igual a lo mejor que Europa podía ofrecer" (:42). La hermenéutica de Garcilaso también es una forma de expandir el conocimiento europeo de lo americano, una tarea esencialmente conquistadora y colonizadora. No es sólo, ni sobre todo, un propósito académico o literario. Zamora hace notar que cuando se escriben *Los comentarios* las versiones negras sobre el incario mantenían vigencia. En un momento el libro compara la vulnerabilidad de Erasmo reformador y marginal del *establishment* religioso con la del Garcilaso que desafía a la historiografía española oficial sobre el Nuevo Mundo (:21).

La estrategia de restablecimiento de los fueros incaicos exigía establecer una autoridad. El establecimiento de una autoridad equivale a lograr imponer una versión y una visión propias [habría que volver a preguntarse por qué es la visión de Garcilaso la que pega; Zamora no entra en eso]. Esta autoridad textual es reclamada en términos lingüísticos, y en esa medida "ofrece su historia como reinterpretación" (:52). La Colonia y la República han estado reinterpretando al Imperio Incaico desde entonces.

En el esquema humanista que presenta Zamora, la restauración de los lenguajes de la antigüedad es una defensa contra la decadencia cultural (:26). El lenguaje original tiene un prestigio (:27), que no es sólo el de la palabra original como autoridad en lo filológico, sino sobre todo el de la "creencia en que los ritmos, los sonidos y las formas de las palabras son parte de la esencia de la significación" (30), y finalmente el prestigio casi shamánico de la persona imbuida toda ella del contacto íntimo con una lengua sagrada. El paso del hebreo, griego, latín, al quechua³.

En la aproximación de Zamora, las relaciones de Garcilaso con el quechua son el fulcro de su empeño. El encuentro España-Tahuantinsuyo, simbolizado en *Los comentarios* por el de un nativo y varios españoles, es percibido por Garcilaso como "un intento de comunicación frustrado" (:132). Esta frustración se debe a su vez a que "los europeos son intérpretes incompetentes del lenguaje de los indios" (:68). La frase a su vez ubica a Garcilaso frente a los primeros intérpretes indios que utilizaron los españoles, y marca la distancia con Felipillo, encontrado a la deriva en las fronteras de la Conquista. Garcilaso mismo toma esta distancia. Una vez citando a Agustín de Zárate (II,7): "interpretaba lo que quería, conforme a su intención". Otra volviéndolo el ejemplo de mal ejemplo oportunista que alentó el paso de los Cañaris al bando español.

Zamora se concentra en el lenguaje del humanista, "primero como parte de una estrategia retórica" y luego "como un componente esencial de integración y de síntesis de dos mundos ampliamente divergentes" (:3). Lo primero hoy preocupa a los estudiosos tanto como lo segundo: se

suele reconocer la conveniencia de versiones puestas al día de la historia Inca (a la Rostworowski), pero es el tema Inca vs. europeo el que es reconocido hoy como el nosotros-ellos de la nacionalidad peruana.

Un tema es que Zamora pone de lado la perspectiva biográfica que ha ilustrado los demás libros sobre Garcilaso para concentrarse en el texto mismo de los *Comentarios*. Esta posición metodológica cambia la ubicación del Perú como tema en la exploración del libro de Garcilaso: el ojo no está puesto en las consecuencias de los *Comentarios* para la peruanidad, sino en sus consecuencias para la visión europea del incario. No lo trata, pues, como un libro precursor, sino como un libro de actualidad en el s. XVII. Zamora de alguna manera libera a Garcilaso de una perspectiva "peruanista" que puede ser opresivamente teleológica. En consecuencia llega a algunas conclusiones distintas. La visión popularizada de Garcilaso lo presenta como un defensor de lo incaico con fines libertarios. El libro muestra que la defensa en efecto se da, y que es enérgica y sutil, pero mueve a dudas respecto de su propósito (otra vez el tema de Felipillo). Los *Comentarios* empiezan a aparecer ante la mirada del lector más bien como la propuesta de un nuevo tipo de colonización hispana en el Tahuantinsuyo, dentro de una ideología "universalista cristiana" (:163), que Zamora hace notar que también compartía Huamán Poma de Ayala. En la última frase de la obra, el esfuerzo de Garcilaso es descrito como "la defensa de una plena participación de los pueblos indígenas americanos en el mundo occidental de la post-conquista" (:168). En nuestra perspectiva post-emancipatoria, quizás nada sino la restauración de los vencidos y su independencia política merecería el nom-

bre de "plena participación en un mundo occidental".

La pasión de Zamora parece más por el humanismo que por Garcilaso mismo: el Inca aparece como intérprete algo determinado de un movimiento que lo trasciende, que es como en efecto se dan las cosas si se asume la perspectiva de Garcilaso humanista. Garcilaso aparece claramente como un participante en los debates de su tiempo. Para la autora, "a casi medio siglo de dominación en el Nuevo Mundo todavía quedaban difíciles preguntas a ser respondidas sobre las implicancias legales y morales de la Conquista" (:91) y "a fines del s. XVI la polémica [Sepúlveda-De Las Casas, i.e. moralmente deficientes vs. plenamente humanos] estaba polarizada" (:102), y en consecuencia esperando una reconciliación de las oposiciones que había producido (:109).

En su capítulo final Zamora retoma el tema de la relación de *Los comentarios* con *Utopía*, de Tomás Moro. De alguna manera en este aspecto Zamora aprovecha las posiciones de algunos tempranos comentaristas, como Menéndez Pelayo et al., rechazados de plano por la crítica peruana por haber ubicado la obra de Garcilaso de lleno en la ficción narrativa: no discute siquiera la posibilidad de que *Los comentarios* sean una versión de Moro, sino más bien muestra el uso que hace Garcilaso de la obra de Moro dentro de una estrategia propia. Ese uso es la apropiación del modelo de *Utopía* en que hay una "ecuación en que razón más revelación es igual a verdadero Estado cristiano" (:149). Y en la comparación entre la tierra inubicable de Moro y el muy concreto territorio incaico, Zamora advierte "una devastadora impug-

nación de la conquista española como empresa imperial" (:157)⁴. La idea de la comparación oblicua pero elocuente es central en la visión que da Zamora de Garcilaso. Pero además de la comparación entre las conquistas inca, benévolas y pedagógicas, y la española, la visión del libro invita a pensar (aunque Zamora no lo dice por ninguna parte, quizás porque desde el título el libro se presenta como una obra sobre "historia indígena") a que Garcilaso está descifrando dos textos: el de la historia incaica, ya mencionado, y el de la breve pero intensa historia de la presencia española en zonas incaicas.

Esta lectura del texto de la presencia española no sólo es por el método de las comparaciones oblicuas. En oportunidades el texto va siguiendo la nueva realidad colonial del territorio con un ojo casi pragmático, de abogado. La insistencia de Garcilaso en que los incas no practicaban el canibalismo, sino que al contrario, sometían y reeducaban a sus practicantes tiene una explicación cultural (evitar la repugnancia de los europeos), pero también de otro tipo: en un sistema político y jurídico vacilante frente a la condición de los habitantes de América, en que el texto de la ley suele ser más benévolo que la iniciativa privada, la condición de canibal es desde octubre de 1503 un argumento legítimo para esclavizar a una persona⁵.

El epílogo del libro está dedicado a la necesidad que tenía Garcilaso de "afirmar la unidad esencial del mundo", a pesar de que ese debate cosmográfico ya era anticuado a fines del s. XVI. De alguna manera esta preocupación de Garcilaso se vincula con el tema de la utopía, por la vía de las antípodas⁶. Pero también se relaciona

con la precondition para el establecimiento de un sistema de comparaciones entre la antigüedad europea y la "reciente antigüedad" incaica⁷.

El Garcilaso humanista también tiene un proyecto colonial bajo el brazo. Es sintomático que Garcilaso no mencione las otras formas de relación con pueblos no occidentales que ya tenía en curso España hacia fines del s. XVI. Para cuando *los Comentarios* son redactados España tiene relaciones con el Japón, China, partes del sud-este asiático, y África, ninguna de ellas parecida a la forma de relación con América. En el caso de América está en cuestión el tema del *hombre*, i.e. es una piedra de toque de la naturaleza del humanista.

No sólo la relación de España con América es *sui generis* en la realidad de los encuentros del s. XVII. También lo es la relación de lo peruano con lo hispano a partir de allí. A Garcilaso se le atribuye aquí la responsabilidad del Fundador; la idea de primer peruano y el sentido de una peruanidad, que se prefiere comprender a partir de su origen. Aunque Zamora se cuida mucho de ponerlo así, de alguna manera Garcilaso resulta menos "peruano" (en este sentido genético) cuanto más claramente humanista en su propósito.

La mitología de la peruanidad como mestizaje nace precisamente con la persona y la obra de Garcilaso, es decir en una persona y en un libro⁸, de los cuales tienen que salir todas las imágenes de consistencia de lo nacional. Los peruanos hemos tendido a leer a la persona a partir de su realidad biológica y a extrapolar a partir de allí; a partir de allí hemos asimilado la obra a la persona, y visto a *los Comenta-*

rios como un libro binario también en su intención. El trabajo de Zamora nos saca de ese punto y nos lleva a una lectura "no provincial" de la obra de Garcilaso.

La Colonialidad

Uno pensaría que un libro tan bueno como éste hubiera merecido mejor suerte editorial: a siete años de su aparición, todavía no circula en castellano, ni ha tenido mayor influencia sobre el pensamiento no especializado sobre Garcilaso. No siempre es citado, y en ocasiones lo es con cierta displicencia. Quizás una explicación de esto es que las ideas que promueve Zamora van a contrapelo de las que ya había acuñado y divulgado un siglo de interés por Garcilaso.

En teología los trabajos de Gustavo Gutiérrez sobre De las Casas; en psicoanálisis los trabajos de Max Hernández y César Delgado Díaz del Olmo; en historia, economía, antropología, etnología.

Las disciplinas de crítica textual y la discusión sobre el "otro colonial" también son espacios de gran impulso de los estudios coloniales. Sobre esto véase Tzvetan Todorov, Walter Mignolo y Rolena Adorno.

Ya en 1916, en el discurso que dio en la Universidad Mayor de San Marcos, por el tercer centenario de la muerte de Garcilaso, José de la Riva-Agüero hace el siguiente reconocimiento: "En un libro mío he dicho yo erradamente que nuestro Garcilaso fue un hombre de la Edad Media y que en él no influyó el Renacimiento de manera apreciable. Con las noticias que hoy ofrezco se ve manifiesto mi error, y me alegra retractarme de él en esta ocasión pública y solemne" (*Obras Completas*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Vol. II, 1962, p.37).

Teodoro Hampe Martínez resume brevemente obras que se han ocupado de las relaciones de Garcilaso con el Renacimiento, en la primera parte de su "El renacentismo del Inca Garcilaso

revisitado: los clásicos greco-latinos en su biblioteca y en su obras", *Historica*. Vol. XVIII, julio de 1994, N° 1: 69-94. Hampe no resume el libro de Zamora.

Luis Loayza ya había presentado parte de este mismo argumento de manera sintética: "Al parecer en su condición de indio natural del Perú están su fuerza y su debilidad de historiador, y ambas, a primera vista se anulan. Pero hay algo más, el golpe decisivo que inclina la partida en su favor, la jugada maestra: el conocimiento del idioma quechua" ("Aproximaciones a Garcilaso", en *El sol de Lima*, Lima, Mosca Azul Editores, 1974:7-25. Originalmente apareció en *Libre*, París, N° 4, 1972). Loayza también hace notar que ya en *La Florida* (II,1, 6) Garcilaso había confesado que olvidaba el quechua: "No acierto ahora a concertar seis o siete palabras en oración para dar a entender lo que quiero decir".

Para un comentario reciente sobre la visión renacentista de América como visión utopista véase: Beatriz Fernández Herrero, "América, la utopía europea del renacimiento", *Cuadernos Hispano-americanos*, Madrid, Nos. 529/530, jul.-ago, 1994: 103-114.

José María Ots Capdequí, *Estudios de historia del derecho español en las Indias*, Bogotá, Editorial Minerva, 1940. Sobre todo la sección XIV: "Los indios y el derecho de propiedad".

Hay más comentarios sobre Garcilaso y la cosmografía en Nicolás Weyl-Günel, *¿Dónde está*

Garcilaso?: La oscilación del sujeto en la formación de un discurso transcultural", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Lima, Año XVII, N° 34, 1991:7-31.

Quizás en la necesidad de comparar a Qosqo con "otra Roma" está uno de los embriones de la forzada "visión milenaria" de lo incaico que comenta Guillermo Nugent en *El laberinto de la choleidad* (Lima, Fundación Ebert, 1992). Hace notar que la antigua capital de los Incas es menos antigua que Berlín. Sobre esto puede verse también Hartmut Zinser, *Cusco und Rom*, en Karl-Heinz Kohl (ed.), *Mythen der Neuen Welt. Zur Entdeckungsgeschichte Lateinamerikas*, Berlin, 1982:183-187.

Compárese esto, por ejemplo, con la visión mexicana del mestizaje, que no ve a la nacionalidad naciendo de una persona y de un libro, sino de una serie de actos biológicos, en la relación de Hernán Cortés con "La Malinche". Mucho se puede elaborar acerca de qué significa esta diferencia para las visiones de lo nacional de ambos países. Para una nueva visión del imperio azteca véase Hugh Thomas, *Conquest: Montezuma, Cortés and the Fall of Old Mexico*, Nueva York, Simon & Schuster, 1994, 812 p. (Hay un muy buen comentario de Enrique Krauze: "Founding Fathers", *The New Republic*, Washington D.C., 28-11-1994:58-66.